

"Galicia nunca fértil en poetas"

por RAMON FERNANDEZ MATO

UN amabilísimo lector, refiriéndose al artículo donde, dos jornadas atrás, hemos tratado de Rosalía Castro, nos pide que hablemos de los poetas gallegos de hoy. Complacerle como quisiéramos ocuparía un espacio mucho mayor que el que, con benevolencia y liberalidad singulares, PRENSA LIBRE concede a este humilde mirador hispánico.

De todos modos y para agradecer los términos extremadamente amables de ese lector vamos a tocar, con la suma brevedad de lo tangencial, tema que tanto nos seduce.

Ténganse quienes crean que el título entre comillas, que aparece como capitel de estas líneas, es una idea nuestra.

No, y mil veces no. Se trata de una mentira, casi de un ultraje, que los gallegos hemos recibido de Lope de Vega, nada menos.

Tal vez el Fénix de los Ingenios lo pasó mal en La Coruña cuando, en arribada de desastre, el galeón San Juan, de la Armada Invencible, llegó al puerto gallego tan destrozado y humillado como los demás buques del Rey Felipe, "desmantelados, cribados en su maderamen, cañerías de imbornales de sangre heroica que empurpuraba el mar, enmudecidos los cañones, pingajos las flámulas y enseñas", tal como evoca el cronista aquel retorno infausto de la flota española que pudo haber cambiado la historia de Europa.

Pero quizá estemos equivocados al achacar a contratiempos de Lope de Vega en la ciudad hercúnea su seca calumnia, porque lo cierto es que otros grandes escritores españoles contemporáneos suyos maltrataron igualmente a nuestra tierra, haciéndose señalar por su sañuda inquina aquel Góngora que, recordando a Galicia después de una estancia en Compostela encargado por el Cabildo cordobés de una "información de limpieza", rebajó su lira hasta las acritudes zafias del insulto, lo que dió lugar a que el coruñés Don Francisco de Trillo y Figueroa, espada acreditada en Italia y Flandes, pluma ensalzada por Menéndez Pelayo, le diera en destructores y deliciosos versos paródicos su buena carrera de baquetas, pese a ser su seguidor en la poesía culterana.

Con tan injusto desprecio los poetas castellanos contribuían al maltratamiento sufrido por Galicia durante siglos por causas dinásticas, políticas.

Desagradecidos! Olvidaban, de propósito, que Galicia había amamantado la poesía castellana. El marqués de Santillana, en el siglo XV, confiesa que "no ha mucho cualesquier decidores e trovadores destas partes, agora fuesen castellanos, andaluces o de la Extremadura, todas sus obras componían en lengua gallega o portuguesa". El Padre Fidel Fita, que presidió con su sabiduría la Real Academia de la Historia cuatro centurias más tarde pudo decir, con su máxima autoridad en cuestiones medioevales que Galicia fué "la madre fecunda de la cultura española en la Edad Media". Menéndez Pelayo corona la trinca estelar, sin apelación: "La primitiva poesía lírica de Castilla se escribió en gallego antes de escribirse en Castilla".

Estos tres altos testimonios no preceden de hombres nacidos en Galicia y los hemos aducido porque antes de hablar de los poetas gallegos nos pareció necesario, indispensable, hacer por lo menos alusión a un clima de pasión, desconocimiento e ingrátitud que pasó por ojo hasta a Alfonso X el Sabio, poeta en gallego, que borró la pléyade galaica que con gorjeo auroral puebla los Cancioneros, aquellos juglares y trovadores que, al tensonar, establecieron el antecedente de las encantadoras controversias guajiras rimadas.

Galicia, privada por centurias hasta del voto en Cortes, se avilla en un mutismo letárgico, mientras se encienden por encima de su resentimiento y de su humillación los gloriosos resplandores de la lengua castellana que culminan en el Siglo de Oro.

En una de sus Letanías Satíricas Don Francisco de Quevedo escribió así: "Pues amarga la verdad,— quiero echarla de la boca;— y si al alma su hiel toca,— esconderla es necesidad".

Es, exactamente, nuestro caso; mas no sospechen los suspicaces que se trata de una recidiva de inclinaciones políticas que hace ya mucho tiempo han caducado, como tales, en nuestro espíritu.

Se trata, eso sí, de justificar el largo eclipse de un pueblo en el campo de la poesía, su ausencia, por aplastamiento, de la asombrosa pleamar a que llega la lírica en Castilla mientras Galicia se contrae y enmudece bajo lo que, con evidente sinceridad, se llamó en tiempo de los Reyes Católicos —a los que, por motivos purísimamente patrióticos tanto les hemos alabado aquí mismo otras obras de gobierno— la "doma y castración del reino de Galicia", doma que debió parecerles imposible sin la radical extirpación quirúrgica que se menciona en el escueto y terrible programa real.

Pero alejémonos de ese sombrío anejo de un reinado en otro sentido inmortal, para aproximarnos a las horas mucho más cercanas en que los gallegos sienten desentramarse su alma y recobran, no sin sedimentaciones amargas que van desapareciendo, sus facultades canoras. Tenía lugar, una vez más, la animosa aserción de Gertrudis Gómez de Avellaneda: "¡Qué lá, palabra augusta del poeta —a la ley de morir no está sujeta!"

La resurrección de la lírica gallega, que en un segundo y último artículo hemos de considerar, no había sido precedida de profecía alguna. Fué un hecho natural, como lo es la alborada después de la noche.

"El arte hace los versos, pero sólo el corazón es poeta" cantó Chénier, aquel ruiseñor cuyo trino joven y libre segó la cuchilla girondina.

El corazón de Galicia, tras aquella catalepsia única en la historia de las letras, reapareció fuerte y cantante, con todos los latidos líricos intactos y, lo que es más, depurados y acrecidos.

No podía ser de otro modo. "Rompeolas de las eternidades", llamó Rubén a los poetas y con el silencio duro de la roca Galicia, en afasia de siglos, resistió.

Vamos a encararnos con un portentoso renacimiento y para acusar mejor su brío y riqueza hemos de detenernos en la provincia hasta hace poco menos permeable a la impregnación lírica, pero antes queremos situar aquí el secreto racial de esta palíngenesia poética.

Benón nos lo aclaró en "La poesía de las races celtíques": "Raza

tímida, reservada, viviendo todo hacia dentro, sintiendo profundamente y llevando en sus instintos una adorable delicadeza. Se olvida que este pequeño pueblo, encerrado en los confines del mundo, en medio de rocas y montañas, está en posesión de una literatura que ha ejercido en la Edad Media una inmensa influencia e impuesto sus motivos poéticos a toda la cristiandad. Si la excelencia de una raza debe ser apreciada por la firmeza e inviolabilidad de su carácter, ninguna podrá disputar en nobleza al resto todavía existente de la raza celta".

Pues dentro de esa raza, de esa geografía, de esa "inviolabilidad de carácter", hállase encajada Galicia.

Motivos Hispánicos

"Galicia nunca fértil en poetas"

por RAMON FERNANDEZ MATO

II

TODA Galicia, como ya hemos dicho, al finalizar la cosecha lírica que entrojaron los Cancioneros se hundió en un cerrado silencio. Las lirras no congeniaron con las mordazas, pero la lengua sobrevivió y de los castillos y de los estrados reales bajó a guarecerse en la vida agraria aldeanega. Por cientos de años alentó y dormitó en el parvo vocabulario de la labranza, la pesca y la caza, pero el castellano no pudo expugnar, ni siquiera infiltrar, aquella resistencia natural que no se alimentaba de una actitud política, sino que respondía a una defensa instintiva del substrato racial.

En el idioma de Castilla los poetas gallegos están, en aquella larga etapa de penosa inhabilitación de todo un pueblo, del mismo modo ausentes. Más claro: no hubo poetas de nuestra tierra.

Estrujada en el puño no hay ave que cante.

Y no es este lugar para discernir si el gallego es lengua o dialecto. Víctor Balaguer, en su discurso de ingreso a la Academia, dejó señalada su alcurnia: "Podrá ser efectivamente un dialecto como se empeñan muchos en llamarle, pero es el dialecto al que le cabe la honra de haber engendrado la lengua portuguesa", afirmación que Teófilo Braga, eminente historiador de la literatura lusitana, noblemente confirma llegando a concederle a Galicia un supremo rango como "foco de la civilización peninsular".

Galicia enmudecida, debelada, despojada radicalmente de personalidad dentro de la estructura política nacional, no disfruta entonces de otras palpitaciones poéticas que las que le suministra el goteo oral de romances y cantares que no llegaron a morir.

Nicolás Heredia, escritor dominicano que en el siglo pasado vivió en Cuba y que escribió "La sensibilidad en la poesía castellana", al tratar de la lengua gallega nos da una definición delicada: "Más parece un arrullo que un idioma".

Hay que confesar que la implacable exclusión que Lope nos asentó es injusta, mendaz, al considerar a Galicia "nunca fértil en poetas".

Si lo fuimos —y con acusada fertilidad— cuando en nuestra placenta idiomática dábamos vida y forma a la lengua castellana, de la que Lope de Vega sería prefulgente astro. Después los gallegos sumiéronse en una absoluta desgana lírica que este genio de Castilla debió comprender y no atribuirle a incapacidad espiritual de todo un pueblo. Pero era la justicia que mandaban hacer...

A nosotros lo que, de momento, nos interesa, es hacer ver que cuando Galicia despierta de supenoso sopor secular, no aparece volando una sola ave insegura como después del Diluvio, sino que espesas bandadas gorjeantes invadieron el azul recuperado tras las áfonas tinieblas.

No obstante hay una provincia, la de Lugo, que apenas participa por bastante tiempo más del copioso renacimiento poético de Galicia. Solamente Pastor Díaz, el gran poeta vivariense que triunfa en la Corte al lado de Quintana, de Espronceda, de Larra, encarna y alza el blasón provincial. Después de Pastor Díaz la amada tierra lucense escatima, niega su contribución lírica mientras en el resto del país gallego florecen los bardos en abundosísima primavera.

Es la cohorte numerosa que surge de la mudez pretérita, el trino vario e infinito que se desquita de las centurias calladas: Añón, Rosalía, Curros, Pondal, Lamas Carvajal, Labarta Pose...

De no ser por Aureliano José Pereira el parnaso lucense aparecería entonces casi desierto, pero, ya en el siglo en que vivimos, Lugo se hace sitio entre los poetas gallegos y penetra, irrumpe más bien, en los dominios de Apolo en cantantes tropeles.

Ya Galicia es dentro de la lírica española, en la lengua nacional y en la vernácula, una polifonía rica y completa, un coro de arrogante totalidad, puesto que Lugo nos da hoy un espléndido empadronamiento de poetas.

Algunos han muertos, como Noriega Varela y Leiras Pulpeiro, pero sus versos perduran frescos. Y es de destacar entre los desaparecidos Francisco Veiga Ceide a quien prologó Ángel Lázaro "El alba del quechamarín" y asesinado en Madrid en 1936 a los veinticuatro años de edad.

Aquilino Iglesias, Crecente Vega, Correa Calderón, Alvaro Cunqueiro, Novo y Neira, Pernas Nieto, Jesús Bal, José Ramón Santeiro, Gamallo Fierros, Luis Pimentel, Ángel Fole, Gómez Ledo, Francisco Leal Insua que dirige el "Faro de Vigo" sin que el fragor de la rotativa apague la música exquisita de su rabel, Manuel María Fernández Teijeiro (Manuel María) nuestro sobrino querido llamado quizá a cortar el laurel hacia el que en vano, cuando teníamos sus años ilusionados, nos hemos ambiciosamente empinado. De este mozo poeta ha dicho la crítica que "resume el actual sentido y ansia de la poesía moderna europea trasplantada a la esfera del idioma y ambiente regionales".

Este magnífico cabildo de ruseñores lucenses, que ya discute a las otras provincias gallegas el paladión de la preeminencia, debe ser cerrado con el más digno broche, con una estrella de aquel cielo.

Luz Pozo Garza —engastados significativamente en nombre y apellidos el fulgor, la hondura y el gallardo vuelo— canta indistintamente en la lengua de Rosalía y en la de Santa Teresa.

El paladar exigente de Gerardo Diego al comentar "La llamada de Danae" la ungió en sensacional página y un crítico poco dado a las benevolencias hiperbólicas la sopesa así: "El secreto de la densidad lírica de Luz Pozo está en la belleza de las metáforas, en las comparaciones, en las imágenes sensoriales, en la fusión panteísta del poeta con el paisaje, con el ambiente, con el amor".

Allá en Vivero, junto al Landro por cuyas umbrías hermosas suspiraba Pastor Díaz bajo los áureos bordados diplomáticos y ministeriales, sueña y canta esta refinada alondra gallega. Tocada por esa inefable solidaridad que manifestaron los grandes poetas de nuestra tierra con la Galicia emigrante —Rosalía, Curros— Luz Pozo Garza escanció en copa nueva, salino de recatadas lágrimas, su emocionante mensaje de hermandad.

Míralo aquí, lector desanidado, y ve cómo los poetas de que querías que te hablásemos no se olvidan de ti:

AMERICA ESTA LEJOS

La tierra es muy pequeña. — La tierra está mojada. — la humedecen las lluvias, — más la mojan las lágrimas. — Sé nos queda pequeña — de tan cuadrículada. — Hay otras tierras lejos. — Ya no sabemos nada. — La tierra es muy pequeña. — Las cosas son amargas. — Al otro lado, América, — y de este lado, España. — Los hombres con sus manos — hicieron su cabaña, — donde crecen los hijos — y los montes se agrandan. — Los hombres con sus manos — plantaron la mañana — y a la noche se fueron — con el viento de cara. — La tierra es muy pequeña, — Galicia está muy alta. — Galicia que es de tierra, — de tierra que no acaba. — Hay hombres que caminan — descalzos por el alba. — Con sus zuecos se dejan — la tierra abandonada. — El mar va por el medio, — Galicia está cruzada, — la mitad en América, — la mitad en España. — La ausencia está muy dura. — La tierra está muy blanda. — Los mares nos acercan. — Los mares nos separan. — Hay mares en la tierra. — Hay mares en las almas. — Hay gentes que, en la noche, — encienden una lámpara. — Hay gentes que no tienen — el corazón en casa. — Hay gentes que no pueden — decir una palabra. — Hay hombres que se mueren — sobre un trozo de mapa. — Hay mujeres que tienen — las manos en el agua. — Hay mujeres que nombran — hijos, en voz muy baja. — Hay mujeres que mueren — mirando a la ventana. — América está lejos. Galicia está en España".

Luz que tiembla. Pozo de vena pura. Garza volando sobre el mar.